



LE PARISIEN.

Costumes des Ateliers de *Ayuntamiento de Madrid* *Devallier, 12, Rue de Choiseul.*

Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne
PARIS.

LONDON, published at the Moniteur de la Mode Office by FEUILLET-DEMUS.



Ayuntamiento de Madrid



LA ELEGANCIA,

BOLETIN DEL GRAN TONO:

MUSEO DE LAS MODAS Y NOVEDADES

DE PARIS, LONDRES Y MADRID.

LA MODA.

Fantasia.

HACE muchos años se veía en el *Yaubourg Saint Germain* de Paris una casa que, apesar de su humilde aspecto, llamaba la atención á los aristócratas que desde tiempo inmemorial habitan aquella parte de la capital de Francia. Muchas veces sus escudriñadoras miradas trataron de penetrar en el interior del edificio en cuestion; pero lo impedían las espesas celosías que cubrían las ventanas. Reducidos á investigar lo que pasase fuera, observaron que concurrían á él personas de todas clases y edades, saliendo completamente trasformadas; las que entraban viejas, salían jóvenes; las jóvenes, hermosísimas. En aquellos tiempos de superstición no es extraño que creyesen tener por vecino un temible nigromántico. Y en parte sus presunciones eran fundadas: la casa estaba habitada por un genio amigo de los mortales, por una diosa, *la moda*.

Sentada en un magnífico diván recibía las adoraciones de sus esclavos, y se enteraba con placentera sonrisa de sus peticiones.

—¿Quién eres? preguntaba la diosa á una muger que pálida y estenuada por la fatiga se arrastraba á sus pies.

—Soy florista; me llamo Mme. Danton; hace cuatro meses que apenas gano lo suficiente para dar pan á mis dos hijos. ¿No me protegéis, señora, cuando estoy próxima á verlos perecer de hambre?

—Si, contestó la moda y estendiendo su potente diestra, apareció en la pared en letras de oro.

»Flores de Mme. Danton, calle del Oso n.º 4.

Y la turba de cortesanos que ocupaba el salón, corrió ansiosa á casa de la florista que, en pocos momentos, se desquitaria del trabajo perdido.

—Y tu, que quieres? continuó interrogando.

—Mi padre era mercader, contestó un joven vestido de negro; un mercader de paños, el mas honrado que habia en el mundo; pero como la fortuna es enemiga de la honradez, sucedió que su almacén fue presa de las llamas, y el murió del susto, sin dejarme para concluir mis estudios, mas que unas cuantas piezas de paño que heredó de su abuelo. Inútilmente he tratado de venderlas; nadie quiere comprarlas á causa de su color antiguo y extravagante. Señora, pronunciad una palabra y hareis mi felicidad.

—Sea, contestó; y el mercader salió gozoso seguro de vender sus rancios géneros.

Para un corazón noble no hay mayor dicha que el hacer la de los demas; así es que la moda, porque hay que saber que le tenia, pasaba su existencia en la alegría, que siempre va en pos de las buenas acciones. Contenta en su retiro, no imaginaba un mundo mayor, cuando un día sintió que el aire le faltaba, las paredes de su aposento la oprimían, y al mismo tiempo un poder irresistible la impelia á caminar. Salió á la calle y experimentó las mismas sensaciones, oyendo una voz que sin cesar la gritaba:

Anda, anda!

—Señor, la tierra huye bajo mis pies, mi vista se ofusca; apiadaos de esta infeliz muger!

—*Anda, anda!* Los soberanos serán los primeros en acatar tus mandatos; reinarás en todo el universo.

—Ah, señor! Pronto se apagará la antorcha de mi vida!

—Tu vida durará tanto como el mundo; *anda!*

—Mi cuerpo caerá desfallecido en medio del camino!

—Le mudarás doce veces en el año: siempre aparecerás revestida de diferentes formas.

Anda, anda!

Y la moda; joven, fresca y hermosa, hace muchos años que partiendo de Paris, su centro, recorre casi toda la redondez de la tierra. Agobiada

bajo el peso de una inmensa carga, unas veces de *tarlatan*, *tafetán de Italia* y *gros*; otras de *bareges*, *organdi*, adornos *Pompadour* y *Clara Harlowe*, deja impresas en sus huellas, no siete clavos como el Judío Errante, sino figurines y periódicos, que recogen con avidez las hermosas, para aumentar sus encantos; las feas para parecer hermosas; las viejas para aparentar juventud, y los hombres..... para *mariposear*.

Cosa estraña! Al paso de la moda por Madrid siempre dejaba señalados sobre la arena algunos renglones que en seguida borraba el aire. Sin embargo, un día pudo leerse en caracteres indelebles:

LA ELEGANCIA.

BOLETIN DEL GRAN TONO.

Cárlos de Pravia.

ÚLTIMO ADIOS.

Antes que nuestros espíritus vaguen á merced del omnipotente destino entre las sombras de la eternidad, quiero, ¡oh María! dirigirte el *último adios*.

Si; porque en la flor de la vida, con un corazón ardiente en profundas sensaciones, luchando entre un olvido total y mil recuerdos de placer: la ponzoña de la suerte ha devorado nuestra comun esperanza y la tiranía violenta de la fría razón, contra todas las dulces afecciones del alma, hace pronunciar á mis labios este doloroso *adios*,

Cuando al atravesar á nado el golfo de la vida ruja sobre tu frente el fragor de la tormenta, si ves flotar en torno tuyo sobre la superficie de las ondas al rey del abismo, no olvides, hermosa María, los días brillantes y serenos de nuestra felicidad perdida, y responde siquiera con un suspiro al hombre sin ventura que hoy envía á tu belleza y á tus encantos el *último adios*.

María! Cuando tu me condenaste al olvido, yo te condené á mis recuerdos; ellos han sido tu espacion y mi venganza; ellos han arrancado de tu alma empedernida por largo tiempo mas de una lágrima; bien mereces por ellas al menos la me-

moria y todos los sentimientos de amor entrañable que envuelve este *adios*.

Por mas que hayas emponzoñado todas las horas de mi existencia, si fuese ya tu corazón tan hermoso como tus ojos, tan apacible como tu aliento, y tan dulce como tus labios, nunca en la vida y solo colocado por la mano del tiempo entre la tumba y el cielo, hubiera dirigido á la ternura de tu cariño este *último adios*.

José María Bonilla.

EL DESAFORTUNADO.

SUMIDO en un mar de ansiedades y tribulaciones marcha el desgraciado con paso incierto en busca de un consuelo que pueda llenar el vacío de su corazón.

Siempre entre sus labios el cáliz de amargura, sin nunca poderlo apurar, en vano busca un faro que le señale el puerto, término de sus sinsabores.

Dó quiera que dirige sus miradas, allí ve el precipicio en que está próximo á hundirse sin que un recuerdo de lo pasado, ni un pensamiento del porvenir, se presenten á mitigar su dolor.

Los acordes sonidos del harpa suenan á lo lejos, y hieren su oído: porque para que se complete su desventura es preciso que vea en su torno la felicidad.

La música anima la orgia del poderoso: el fúnebre retumbar del trueno es la esperanza del desgraciado.

Un cielo cubierto de densas y apiñadas nubes, le revelan la proximidad del rayo; pero el rayo se embota en los gigantes y frondosos árboles; ve su efecto y por su mal no llega á sentirlo.

Agostada la flor, inclina hácia la tierra la que fue hermosa corola: también el desgraciado tiene siempre en ella fija su vista.

No osa alzar su frente del suelo: velada por la desgracia parece que el poderoso descubre en ella un sello de reprobacion.

El poder es precursor del orgullo: el orgulloso no transije con la desgracia.

El orgulloso temiera alargar su mano hasta mancharla en el polvo: busca con avidez los placeres y el desgraciado no puede proporcionárselos.

Aparta con cuidado la vista de la desgracia; por-

que á la desgracia no le es dado mas que ofrecerle el cuadro del dolor.

El desgraciado es parecido á la palmera del desierto: todos los vientos la azotan, ninguno arranca de cuajo sus raíces.

La desgracia hasta cierto punto da un temple al alma del que siempre padece, que la hace superior á la misma desgracia, pero infortunadamente no la roba la sensibilidad.

Por el contrario, los sentimientos del desgraciado son ardientes como la lava que arrojada con violencia por la fuerza del volcan, abrasa cuanto en su curso toca.

Mas cuando no encuentra un objeto digno, que alimente tan sagrado fuego: cuando no encuentra un alma capaz de comprender la suya, sin extinguirse aquel, pierde su fuerza y cual la lámpara de un muerto se ve lucir en su rostro la melancolía.

¡Oh mundo! ¡qué triste es vivir sin gozar! La muerte siempre llega tarde para el que sufre.

José María Laulhé.

DOS HERMANAS.

Tradición flamenca del siglo VII.

*Las lágrimas de la inocencia son
el vapor que engendra el rayo.*

CONFUCIO.

PHARALIDE habia visto deslizarse los años de su juventud en medio de todo cuanto puede hacer nuestra felicidad en la tierra. Sus riquezas eran considerables; sus campos y dilitadas haciendas presentaban en todas estaciones mil árboles y plantas colmados de esquisitos y sazonados frutos: sus espaciosos y sólidos graneros amenazaban á todas horas hundirse bajo el peso de las cosechas amontonadas en ellos. Su bolsa, vaciada á cada momento por la caridad, volvía á llenarse inmediatamente por la abundancia. Pero no era esto solo: poseía además lo que vale mas que todos estos bienes perecederos, destinados á satisfacer nuestros caprichos y vanidades: poseía un marido bueno y fiel, valiente y generoso, con el cual vivía en la paz del Señor. Tres blancos y rubios niños de dorada ca-

bellera eran el fruto de esta union, y juntando sus manecitas entre las manos de su madre, aprendían á bendecir á Dios; á Dios, tan bondadoso para los inocentes como terrible para los malos.

Un solo día bastó para echar por tierra tanta felicidad. Los normandos se lanzaron sobre la morada de Pharalide como los milanos sobre un nido de palomas, y en un momento la casa fué reducida á ruinas, incendiadas las mieses y talados todos los campos; las naves de los bandidos cargaronse de oro y muebles preciosos; mientras que Sigiberto el esposo de Pharalide caía muerto de un golpe de hacha en el acto de arrancar al mas pequeñuelo de sus hijos de los nervudos brazos del gefe de aquellos bandidos.

A poco la noche tendió su fúnebre gasa sobre este cuadro de desolacion y crimen; Pharalide, sola con sus hijos y junto al mutilado cadáver de su esposo, sentóse sobre los escombros del hogar; en tanto que los piratas huían en sus ligeros barcos, y en el mismo instante en que sus báquicos cantares llegaban hasta ella en alas de la brisa, mira en rededor y esclama estrechando á sus hijos contra el pecho: «El Señor me lo habia dado todo: el Señor me lo quita: sea su nombre bendito y alabado!»

Desde este día, el trabajo, la miseria y la soledad fueron el único patrimonio de la desvalidada viuda. Abandonó para siempre el país testigo de su pasada ventura y fué á refugiarse en Gante, su suelo natal y en donde esperaba encontrar algunos recursos contra la miseria, suspendida ya sobre su cabeza como la espada de Damocles. Retiróse á vivir en una choza de barro y paja, y allí, desde el alba hasta la media noche, hilaba la lana y el lino que la suministraban algunos mercaderes sus amigos en otro tiempo. No abandonaba ni un instante siquiera su trabajo sino para enseñar á sus hijos, siempre agrupados á su alrededor, la ley de Dios ó para leer algun rato en los santos Evangelios, único resto que habia podido salvar de su antigua riqueza. Pharalide encontró este manuscrito, despreciado de los normandos, entre los escombros de su quinta, y guardolo con cierta alegría mezclada de tristeza al recordar aquellas palabras que habia oido muchas veces:

«Nadie deje de leer las santas Escrituras: cuando la pobreza os aflija, cuando la muerte de vuestros deudos ó hermanos entristezca vuestro corazón, cuando las flechas del enemigo os atraviesen

«de parte á parte, buscad en estos santos oráculos
«las armas que os ofrecen para la defensa.» (1)

Pharalide halló en ellos, efectivamente, el único consuelo que podia esperar: la conformidad con la voluntad de Dios. Pero esta santa paciencia, esta resignacion absoluta, este olvido de todos los bienes terrenales se debilitaba cuando veia retratados los padecimientos en el escuálido semblante de sus tiernos hijos, antes tan lozanos y joviales, los llo-ros que á estos infelices les arrancaba la carestía eran las heces mas amargas del caliz de su infortunio. En-tonces redoblaba sus oraciones y tareas: hacia es-fuerzos desesperados y el alba la sorprendía traba-jando sin descanso á la luz de trémula lamparilla que alumbraba su faena nocturna. Pero llegó un dia, un terrible y temido dia en que habia de fal-tarle hasta este mezquino recurso... Separóse con las manos vacías del mercader que hasta alli la diera trabajo; y distribuyó á sus hambrientos hijos, con un suspiro y un beso, su último pedazo de pan. La rueda del torno no volvió á girar con sordo zumbido, ni aquellos infelices entretubieron mas su hambre contemplando al huso, subir y bajar pausadamente: Pharalide, despues de haberlos abrazado con ternura, salió otra vez, y no regre-só hasta muy entrada la noche, con muestras de gran fatiga y de mayor abatimiento que nunca: sus gestiones habian sido infructuosas: á pesar de sus ardientes instancias, no halló quien la proporcio-nara trabajo. Púsose á orar un rato; levantóse des-pues mas tranquila, y acostando á sus niños en una miserable cuna, sentóse á su lado y comenzó á leer la vida de Jesucristo. Cuando llegó á la pa-sion, á ese trágico y sublime drama, tornó hácia sus hijos sus ojos arrasados en lágrimas y exclamó: «Oh, Dios mio! cuanto debió sufrir vuestra madre!»

Al despertarse los niños por la mañana pidieron sollozando *pan*. Pharalide, partido el corazon de dolor los colmó de ardientes besos; animolos con sus caricias, y para distraerlos algun tanto, procu-ró recordar canciones y cuentos de la juventud.

Las horas trascurrian haciéndose mas horribles cada vez. Al cabo de algunas los niños ya no ha-blaban, ni lloraban, estenuados, cadavéricos, ate-ridos de frio, se estrechaban los unos contra los otros y volvian hácia su infeliz madre sus apagados y suplicantes ojos. Un espantoso silencio sucedió á

las angustiosas exclamaciones en esta familia, que parecia ya encerrada en su sepulcro, y olvidada para siempre de los vivos. Por fin Pharalide se sintió animada de una enérgica y repentina resolu-cion: levantóse pálida, vacilante, estrechó á sus hijos y les dijo con el acento de la desesperacion:

—«Hijos míos, esperad un momento, rogad á Dios... no tardaré en volver, y volveré con pan.»

—«Ah! si, si, mamá! (balbucearon aquellas es-pirantes criaturas;) tenemos tanta hambre!!...»

Ya en la puerta, su madre detúvose y alzando las manos al cielo: «Angeles del señor, murmuró en voz baja, no los abandoneis! y se alejó con toda la celeridad que le permitian sus desfallecidas fuer-zas.

(Continuará.)

A GALIANA.

TENGO en el pecho escondido
Dentro del pecho constante
Un corazon delirante
Que te ama con frenesí;
Que contemplar tus encantos
Es su placer, su alegría
Y solo Galiana mía
Late de amores por ti.

Cuando la noche callada
Tiende su crespon de duelo,
Hallo un celestial consuelo
Hablando á mi corazon;
Y él en tu amor embriagado
Y en su ilusion amorosa
Los goces me cuenta; hermosa!
de su férvida pasion.

Me dice que á sus pesares
Es remedio tus amores,
Me dice que á sus dolores
Eres consuelo; oh deidad!
Me cuenta que en esta vida
De tan terrible dolencia,
Es el sol de su existencia
Tu portentosa beldad.

¡Oh! si, estrella nacarada
Que en el horizonte asoma,

(1) San J. Crisostomo.

Pura y cándida paloma
Del delicioso pensil,
Quisiera tener ó ¡oh sílfide!
Que mis ensueños encantas,
Por rendirlos á tus plantas
No un corazon, sino mil.

Mil corazones amantes
De felices ilusiones,
Mil amantes corazones
Que juren eterna fé:
Mas el único que guardo
Donde tu sola resides,
Tómale, y nunca me olvides
Que nunca te olvidaré.

Sin duda el cielo piadoso
Por darme ventura, quiso
Concederme el paraíso
Angel mio de tu amor;
Y ávido yo de su encanto
Corri á tu regazo luego
A beber amante y ciego
De tus ojos el fulgor.

Cuando en la serena noche
Rota la niebla importuna
Tiende la modesta luna
Su apacible claridad,
Y baña su argentea lumbre
El alto cielo estrellado,
Solo pienso dueño amado
En mi amor, y en tu beldad.

Y al compás con que los céfiros
Besan las cándidas flores,
Pensando en nuestros amores
Y siempre pensando en ti;
Digo al fulgor vacilante
De la misteriosa estrella,
Asi como pienso en ella
Ella tambien piensa en mi.

Ella quizá mis amores
Con igual placer recibe,
Ella tambien quizá vive
Pensando en nuestra pasión;
Y si á la voz del cariño
Mi fiel corazon se agita

¡Ay! quizá tambien palpita
Por mi amor su corazon.

Y en tan gratos devaneos
Y en ilusion tan galana
Van pasando ¡oh mi Galiana!
las horas de mi existir.
Y el corazon me repite
Con entusiasta alegría
Sin tu amor Galiana mia
Me es imposible vivir.

Oh! si, sin tu amor divino
Sin este amor que me inflama,
Sin esta brillante llama
De mi existencia fanal;
Acaso perdido y ciego
Iria en el mundo errante
Descarriado caminante
Por un desierto arenal.

Acaso en el mar bravio
Sin hallar puerto ni orilla
Roto el timon y la quilla
Del zozobranter vagel,
Muerte hallaria segura
Sin que viera en lontananza
De la risueña esperanza
El albor amante y fiel.

Mas tu, sol de mis amores,
Estrella de mi alegría,
Pura luz del alma mia
Encanto de mi pasión!
Tu mis pesares consuelas,
Tu alivias mi desventura,
Tu eres azucena pura
Vida de mi corazon.

Por eso hermosa te canto
Porque mi mente se inspira
Y va brotando mi lira
Canciones en tu loor,
Porque es tu voz mas sonora
Que el ambiente que murmura,
Porque es tanta tu hermosura
Que envidia das al amor.

Y enciendes dentro del alma

Llena de fé verdadera,
Una abrasadora hoguera
Para acrisolar mi fé;
Por eso en el pecho mío
Tú solamente resides,
Y por eso aunque me olvides
Yo jamás te olvidaré.

Francisco Luis de Retes

LA ROSA Y LA SIEMPREVIVA.

Fábula.

En un vergel inmenso

La rosa purpurina

Alzábase arrogante,

De vanidad henchida;

Cuando cierta mañana

Fuése á vivir vecina

Alli en un rinconcillo

La humilde *siempreviva*.

La reina de las flores

Mirándola con ira,

Así dicen que dijo

A la recién venida.

—Apártate, no vengas

Con tu pobreza, amiga,

A deslustrar mi brillo

Y avergonzarme, quita;

No quiero que las gentes

Que te conocen digan,

Y no quiero tampoco

Verte morir de envidia.—

Y prosiguió orgullosa

Con voz aun mas altiva:

—¡Oh! mírame que hermosa

Que estoy, mira qué rica

De púrpura y aromas,

Y qué fresca y pulida...!

Y entonces á la rosa

Así desvanecida,

Esta respuesta, dícese,

Que dió la *siempreviva*.

—Es cierto que á tu lado

Soy yo una pobrecilla

A quien en gracia vences

Y en hermosura eclipsas;

Però tampoco olvides

Que si hoy te alzas erguida,

Y ostentas rozagante

Frescura y lozanía,

Y te festejan todos

Y todos te acarician,

Mañana al leve soplo

Del céfiro, esparcidas

Tus hojas por el suelo

Dirán al que transita,

Que terminó la pompa

De tu reinar de un día;

En tanto que yo siempre

Subsistiré la misma.

Deslumbra con su brillo la hermosura

Mas luego desaparece;

Tan solo la virtud perenne dura

Y nuestro amor merece.

A. Badia.

VEINTE REALES.

Anécdota.

I.

En los estados marítimos y entregados al comercio, nada parece vergonzoso si es provechoso y útil.

POLIBIO.

EXISTE al Norte de España un valle, que dos cordilleras de montañas le dan la forma de ángulo agudo, bañado por un rio de no mucho caudal, que inmediatamente se ve desaparecer en el turbulento mar cantábrico.

Pintoresca por demas, y casi fantástica es la vista que presenta al viagero el conjunto de bellezas, que la mano del Omnipotente parece se ha complacido en reunir en todo aquel contorno.

A la falda de los montes, envueltos en coposos árboles, á cuya sombra se puede observar al inocente pastor, que ignorando su destino, en medio de su rebaño, hace que su flauta exhale lánguidos, prolongados y melancólicos gemidos, se ve mejor que un valle un delicioso edem, arropado de balsámicas flores, entre las que descuellan infinidad de frutales de elevacion inmensa, formando bello contraste con las plantas enanas y alimenticias del pais. Miles de cascadas, que descenden salpicando con su cristal de colores el espacio que los separa, se unen con

dulcisono murmurio al rio, que dejando escapar de su seno silenciosos arroyos, destinados á refrescar el verdor del llano, camina por este con magestuosa calma, hasta tocar á las inquietas olas del océano, á las que dan entrada otros montes de negra desnudez y horriblemente escarpados por sus bramadores embates. Sus erizadas crestas á veces vestidas de blanco y abundante adarce, y á veces mostrando horrendas abras nos recuerdan insensiblemente las escabrosidades tan bien descritas por el sublime y tierno Mr. de Lamartine en su viage á la Palestina.

Cabe el punto donde se adunan las dos corrientes se alzan unas antiguas murallas, que rodean en parte una villa, cuyo nombre no me es dado escribir, y cuyo origen, asi como el del puente de doce ojos, que atraviesa el mar desde una de las puertas de aquella hasta la falda del monte que se halla á la parte de en frente, ademas de no ser interesante para esta historia, si bien algunos aseguran que lo saben, yo nunca pude averiguarlo con certeza.

Este pueblo es comerciante como lo son mas ó menos todos los puertos de mar. Sus habitantes, indignos de serlo en tan hermoso pais con muy pocas escepciones, abrigan los sentimientos mas inhumanos. Alli se ve á un hombre sin religion y sin moral de ninguna especie, con una fortuna inmensa en proporcion del número de sus vecinos, al lado de centenares de infelices que trabajan noche y dia para satisfacer á aquel las usuras de un cincuenta ó mas por ciento, y evitar con esto su completa ruina, y aun la horrorosa muerte que causa el hambre. A un abogado, de acuerdo con el contrario, que defiende en un pleito al litigante mas rico que es regularmente el que carece de justicia, trazar planes á fin de conseguir la mendicidad de una familia. A un escribano arrebatador de las manos de una madre los maravedises con que iba á comprar un poco de pan para sus tiernos hijos que la acompañan casi exánimes. A un mercader abandonando á los suyos y á su esposa despues de ajustarles el gasto que deben tener en su ausencia, entregarse ciego á las olas, sin otra seguridad que un viejo y frágil pino, y sin otra ambicion que llevar de su pueblo lo que este necesita mas para de este modo añadir algun pedazo de metal dorado al que guarda tal vez oculto en las entrañas de la tierra. Se ve á otro hombre, que aprovechandose de la decrepitud de una viuda, obliga á esta á que malgaste

sus bienes quedando sus hijos en completa miseria. Se ve á este mismo hombre que con la sola autorizacion para ser herbolario á favor de su riqueza y pedanteria, se ha adquirido entre el pueblo la reputacion de médico, asistir como tal á un extranjero que la furia del mar le ha hecho arribar á aquel puerto, y de acuerdo con el posadero en cuya casa se hallaba aquel hospedado acabar con su existencia por medio de un acónito sutil y repartir con su cómplice las riquezas de la infeliz victima. Se ve á un sacerdote cristiano, que despues de haber pasado la noche en la mas desordenada bacanal, se encamina macilento, sosteniendose apenas, á celebrar el sacrificio de la misa. ¡ Ah si pudiera escribir! ¡ Y yo les he llamado hombres á estos seres degradados!

Por mi desgracia he tenido que vivir bastante tiempo en este pueblo. Niño arrullado por los tiernísimos besos de una madre virtuosa y mártir, contemplaba con espanto cuadros tan horribles, y mil veces oprimido mi corazon, corria en busca de la soledad, en donde daba sueltas á mi llanto, y como dije otra vez.

... en la espesura de algun bosque frondoso me escondia, ó á la cumbre de un monte me subia, y no tasaba el tiempo al meditar.

Y encontrando al volver en el camino algun hombre, su boca murmuraba: «ese niño es un loco» y me miraba con sonrisa sarcástica al pasar.

José Manuel Carvallo.

(Se concluirá.)

DESATOS.

He aqui lances singulares sobre la terrible costumbre de estar comprometidos á matarnos en cualquier instante porque uno estornude demasiado cerca ó llame á otro feo ó lo que es mas negro, porque su adorada sea un tantico veleidosa.

Sobre el primer motivo, ha sucedido que D** el que siempre está diciendo á lo que le cuentan; «pues si á mi me hubiera sucedido le arranco las entrañas.»—Pero si fué sin pensar.—Por solo decirlo le salto la tapa de los sesos.—Pero si nó dijo nada.—La mirada tan solo la paga con el corazon: y otras valentonadas parecidas; este señor D** se trabó de palabras con un jóven á quien tropezó en el codo; y de brabata en denuesto y de arrogancia

en insulto llegó el joven á desafiarse.—Es V. un niño.—Pero le desafío á V.—Me ensuciaria la mano.—Si fuera V. mas valiente:....—Los valientes saben despreciar.—Y los cobardes huir.—Vaya, vaya.... dejémoslo asi.—Así se quedará, pero antes tome V.—Esto diciendo le escupió con gran fuerza en medio de la cara.

Los que conocian á D** le creian ya teñidas en sangre las uñas, deshacer en hebras las pocas carnes del joven provocador; mas ¿cual fué su asombro al verle sacar el pañuelo y mientras se limpiaba decir: «Jesus!!.... Dios le ayude á V.» Y al marcharse murmuró: «de miedo se ha constipado.»

Tambien D. M.... hacendista veterano tuvo la imprudencia oyendo hablar de Jacinto, bello é interesante estudiante, como decian ciertas niñas, de responder «No tal, es feo como él solo.»—Jacinto lo oye casualmente, llega y desafia al hacendista, y este pobre hombre le cita para las 7 de la mañana en su casa desde donde saldrian á batirse con pistola.

Asi las cosas; llega el dia siguiente, y al sonar la primera campanada de la hora convenida, tira Jacinto el primer campanillazo, y á duo con el relox hasta 7, se abre la puerta, entra en la sala, llega D. M.... y le dice: «Vuelvo al punto:» marchando á buscar las pistolas.

Al poco tiempo vé Jacinto á D. M.... con dos pistolas, una muger rechoncha y hasta diez *varoncitos* que le rodean haciendo puchereros, al paso que despachan sendos mendrugos de pan. D. M.... toma la palabra y le dice: «Jacinto, al aceptar de V. el duelo, le he creído á V. un caballero: yo no soy matachin, y es mas que probable que no vea mas la luz del dia: no me pesa, porque cinco años de cesante de empleo y dinero hacen peor la vida que la muerte; pero estas criaturas (dando la mano á su muger) quedan sin amparo; y «espero de V. que no las abandone:» con que vamos.

Un rato permaneció Jacinto pensativo, pero al oir el segundo *vamos*, dijo: «Nó, estemos, porque si por vencer he de cargar con esa familia, *me conviene que V. me mate*» y largando un doblon, se marchó; pero esto aun no vale lo que el lance de *Periquito*, cortejo de una morena de ojos pardos, tan seductores como los de los *gatos* de Madrid.

En un baile, ¡pero qué baile!.... salió la Gacela á bailar EL BRITANO con una especie de lucifer pegado á unos bigotes, el cual sin prólogo ni rodeos comienza á requebrar á su tierna pareja, y logra le

escuche atenta, una declaracion, mas bien que de amor, *de estado de sitio*.

Lo vé Periquito, se descolora, suelta perlas de sus ojos y resuelto, pasa junto al entretenido par, diciendo al bigotudo: «Caballero, nos veremos.»—«Soy con V.» repuso el otro.

El de los bigotes continuó su *britano* y su *asalto* con mucha flema; mas el bueno de Periquito rompió á llorar en una pieza de descanso, á chorro tendido, mientras le decian sus amigos: «No hay remedio, á pistola.»—«Eso es poco (replicaba otro) á fusil.»—«No basta (añadió un tercero) á obus.»—«Hasta beber su sangre» (clamaban todos); y á este tenor dábanle mil consejos que no hubieran seguido como protagonistas.

Llegó en este momento el rival y declara que está pronto; mas Periquito callaba: el adalid le insulta; mas Periquito callaba: el del bigote le asienta por fin dos tremendas bofetadas; mas Periquito callaba: los espectadores gritan que no tiene vergüenza si no acepta el duelo, y Periquito rompe al cabo... su silencio y esclama:.... «¡sí: sí: sí: sí con llorar me he desahogado yá!—» Pues ahora me toca á mi.» Contestó su rival, y entrando con desenfado en la sala cogió de la mano, á la tierna manzana de la discordia y no la volvió á soltar.

Ag. Gomez.

PATRONES Y LABORES.

- Número 1. Patron de la mitad de la espalda de un canesú de última moda.
- Núm. 2. Mitad del cuello.
- Núm. 3. Pieza para colocar el cuello.
- Núm. 4. Delante del canesú.

DIBUJOS.

- Núm. 5. Bocamanga que se borda á punto atrás ó á mosquetado (*). Prolongando mas el dibujo se consigue obtener un cuello igual.
- Núm. 6. Precioso pañuelo para la mano, que se borda tambien á mosquetado; deben colocarse cuatro flores en cada lado, y con las otras cuatro de los ángulos se llena un espacio de 25 pulgadas.
- Núm. 7. Alfabeto á propósito para colocar iniciales en el espresado pañuelo, las que por su primer tienen mucha aceptacion.
- Núm. 8. Geroglífico.

(*) Se da este nombre á un bordado muy menudo sumamente gracioso.





LA ESPERANZA

1

Tanda de Valses.

Para Piano Forte.

Musica del Sr. Ondrid.

Andante.

Introducc:

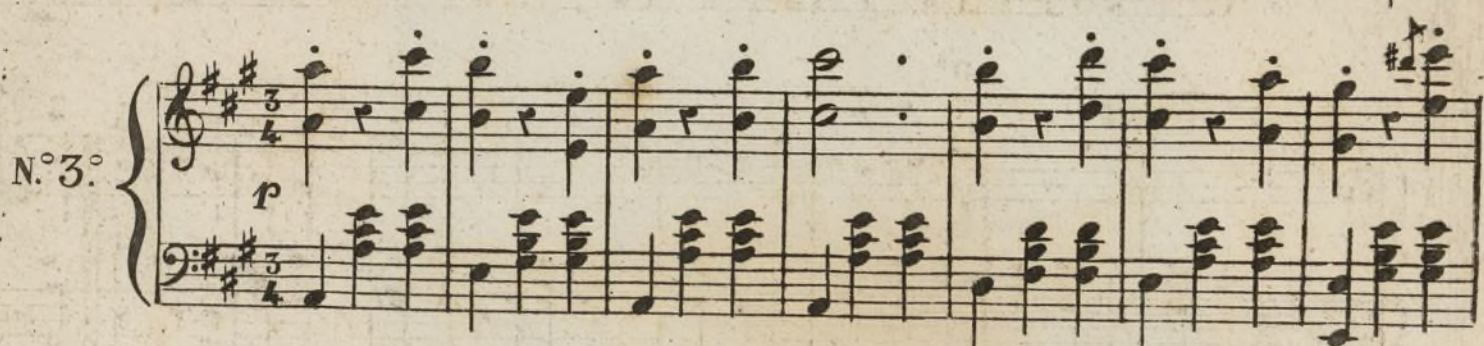
N.º 1.º

N.º 2.º

The musical score is written for piano and consists of two waltzes, N.º 1.º and N.º 2.º, preceded by an introduction. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The introduction is marked 'Andante' and 'con 8ª' (with octaves). The first waltz, N.º 1.º, begins with a piano (p) dynamic and features a series of trills (tr) and octaves (8ª) in the right hand. The second waltz, N.º 2.º, also begins with a piano (p) dynamic and includes trills (tr) and octaves (8ª) in the right hand. The score is printed on a single page with a double bar line at the end of the second waltz.

La Elegancia. Setiembre 1846.

Ayuntamiento de Madrid



(Se concluire)





J. M. VILLERGAS.

Ayuntamiento de Madrid

